

cion. Tenia evidentemente el derecho de apelar por última vez á las armas ; pero si la fortuna hubiese seguido infausta , las desgracias que se hubiesen originado para la Francia , y para sus fieles amigos , no hubieran sido compensadas por la salvacion de su persona.

Napoleon residia en Rochefort , no como fugitivo , sino como un príncipe. Se le tributaban los mismoshonores que en las Tullerias , pero el general Bertrand y el duque de Rovigo eran los únicos que comunicaban con él. El 8 , despues de haber recibido noticias desagradables , el Emperador se embarcó en una canoa para ir á dormir á bordo del *Saal*. La tripulacion de la fragata le tributó todos los honores debidos á su persona , á su rango , á su gloria y á su desgracia que le hacia mas grande y mas augusto. La mañana siguiente , bajó á la isla de Aix , y fue inmediatamente á visitar la plaza ; pasó revista á la guarnicion y se vió rodeado por la poblacion que gritaba con entusiasmo : *Viva el Emperador!* Esta visita fue su última despedida de Francia como soberano. Volvió á bordo , donde halló un despacho del ministro Decrès , con fecha del 6 , que daba parte al general Beker de un decreto

del gobierno provisional , cuyo tenor era : « Que si Napoleon queria ir á bordo del *cero* ingles , ó salir directamente para Inglaterra , debia pedir de oficio al prefecto un » parlamentario ; lo mismo debia hacer para » pedir un aviso si se decidia á embarcarse » para América. Bajo ningun pretexto , Napoleon podia desembarcar sobre el territorio » frances , sopena para el comandante de ser » declarado reo de ALTA TRAIACION. » En consecuencia de estas nuevas y repetidas instrucciones , se envió una pequeña embarcacion á la isla de Rhé , para conocer por las señas el número de buques ingleses y el sitio donde estaban. El informe llegó solamente el 10 , y aumentó la irresolucion de Napoleon. Solo se resolvió á enviar al duque de Rovigo con el conde de Lascases como parlamentarios á la escuadra inglesa , para informarse si habian llegado los salvos conductos , y preguntar como se le recibiria en Inglaterra en caso de que fuese á pedir la hospitalidad al pueblo británico. A las dos de la tarde , los comisionados volvieron con la contestacion siguiente : « Que » el comandante de la escuadra pediria las órdenes del almirante » , lo que debia emplear

tres ó cuatro días. Esta circunstancia obligó á Napoleon á buscar otra vez los medios de escaparse sobre una embarcacion ligera. Entretanto el *Belerofonte*, á cuyo bordo habian llegado Rovigo y Lascases, los siguió y vino á fondear en la rada de los Bascos, de manera que los navíos de las dos naciones se hallaron á proximidad unos de otros.

En consecuencia, el 11, el general Lallemand salió para la ria de Burdeos con la corbeta la *Bayadera*. Los marineros de Rochefort salieron garantes por el capitan; pero el 12, Napoleon supo por los diarios que el gobierno real habia sido restablecido y que los aliados estaban en Paris. Entonces, viéndose precisado por la necesidad imperiosa á tomar un partido, Napoleon declaró que su voluntad era ir á refugiarse á bordo de la escuadra inglesa; mandó embarcar sus bagages sobre el *Epervier* y la *Sofia*, y volvió á la isla de Aix, donde quiso aguardar al general Lallemand. Sus ansias se aumentaron con la llegada de su hermano José, que le confirmó todas las noticias de Paris, y que le aconsejó tomar al instante mismo un partido cualquiera antes que el nuevo ministerio, en que figuraban Talley-

rand y Fouché, embargase todos los navíos del Estado, quitándole así todo medio de salvarse. En el mismo momento volvió Lallemand de su mision; la *Bayadera* se ponía á las órdenes de Napoleon. La ria de Burdeos estaba libre; ademas estaba pronto á salir un buque americano, por cuyo medio se podia enganar á los cruceros ingleses. Pero por otra parte, la bandera blanca tremolaba sobre los fuertes de la costa desde Rochefort á Burdeos. Sin embargo, y á pesar de este peligro, este partido era el mejor; pero la idea horrorosa de ser arrestado por una patrulla y entregado á una comision militar ó á un Preboste por haber vuelto á poner los pies sobre el continente frances en contra de las instrucciones recibidas recientemente, retrajo á Napoleon y despues de despedirse de José, que se embarcó en Rochefort para América, se decidió á salir por la noche del 13 al 14 sobre un navío dinamarques con Bertrand, Rovigo, Lallemand y Gourgaud. Un accidente doméstico hizo mudar de repente esta resolucion saludable.

Habia llegado el 14, el tiempo apuraba; Napoleon resolvió por fin que Lascases y Lallemand irian como parlamentarios á la escuadra

inglesa para buscar la contestacion á las proposiciones hechas el 10. El capitan Maitland, comandante del *Belerofonte*, les dijo: «Que estaba aguardando por instantes las órdenes relativas á los salvos conductos; pero que si el Emperador queria desde ahora embarcarse para Inglaterra, se hallaba con la autorizacion necesaria para llevarle y tratarle con el respeto y las atenciones debidas al rango que habia ocupado.» El capitan añadió: «Que segun su opinion particular, (lo que confirmaron varios otros capitanes presentes) no habia duda de que Napoleon recibiria una acogida favorable; que en aquel pais, el príncipe y los ministros no ejercian el poder arbitrario como en el continente; que el pueblo ingles tenia una generosidad de sentimientos y una liberalidad de opiniones, superiores á la misma soberanía.» Estas protestas encubrian la mas odiosa traicion, y no eran sino subterfugios para atraer la noble víctima. En efecto, el capitan que daba estas explicaciones tan satisfactorias habia recibido desde el 7 de julio, de lord Keith, por el intermedio de sir Henrique Hotham, la orden de procurar por todos los medios inter-

ceptar á Bonaparte. « Si llega á ser cogido, » escribia el almirante, me le conducireis á esta bahia (Plymouth) porque tengo órdenes para disponer de su persona. » En otra carta del 8 decia: « Si teneis la fortuna de interceptarle, le trasladareis con su familia á bordo del navío que mandais, custodiándole con mucho cuidado; volveréis inmediatamente; impedireis toda comunicacion con la tierra y guardareis el mas profundo secreto hasta que recibais órdenes ulteriores del almirantazgo. » Napoleón, cuya alma generosa no podia sospechar la alevosía de unos hombres que manifestaban tanta lealtad, admitió la hospitalidad del *Belerofonte*, con una noble confianza. Este sentimiento se manifiesta en el grado mas alto en la carta que mandó escribir al capitan Maitland por el gran Mariscal, y mas aun en la siguiente que envió al príncipe regente de Inglaterra por el general Gourgaud.

« ALTEZA REAL,

» Acosado de las facciones que dividen mi pais, y perseguido por la enemistad de las mas grandes potencias de la Europa, he dado

» fin á mi carrera política , y vengo como Te-  
 » místocles á sentarme en medio de los hogares  
 » del pueblo británico. Me pongo bajo la pro-  
 » teccion de sus leyes , la que reclamo de  
 » V. A. R. como del mas poderoso , del mas  
 » constante y del mas generoso de todos mis  
 » enemigos.

» Rochefort , 13 de julio de 1815.

» NAPOLEON. »

El general Gourgaud , á pesar del convenio  
 hecho con el capitan Maitland , y de las faci-  
 lidades ofrecidas para que pudiese entregar la  
 carta de Napoleon al príncipe regente , no  
 pudo lograr del almirante Keith el permiso  
 para desembarcar.

El 15, Napoleon subió á bordo del *Epervier*,  
 y al momento de despedirse del general Beker,  
 le dijo estas hermosas palabras que recuerdan  
 las de Craso á sus soldados: «Retiraos, general;  
 » no quiero que se pueda creer que un Fran-  
 » ces me ha entregado á mis enemigos. » An-  
 teriormente Napoleon le habia puesto en las  
 manos una copia de su carta al príncipe Re-  
 gente , añadiendo :

« Supuesto que soy un obstáculo á la paz  
 » de la Europa , no puedo dar mayor prueba  
 » de mi condescendencia á sus deseos que en-  
 » tregarme á la potencia que dirige la po-  
 » lítica del continente.

» Desde ahora , es la posteridad la que ha de  
 » juzgar la conducta de los soberanos para con  
 » la Francia.

» Ojalá la paz de la Europa sea el resul-  
 » tado de mi abdicacion ; y el emperador  
 » Alejandro sostenga el carácter de gran-  
 » deza y de magnanimidad que ha manifes-  
 » tado en algunas circunstancias memorables  
 » de su reinado ; y no olvide que , atendida la  
 » situacion en que se halla la Europa , la  
 » tranquilidad de la Rusia estriba en la con-  
 » servacion de la antigua Francia , etc. »

Al poner los pies á bordo del *Belerofonte* ,  
 Napoleon dijo al capitan : « Vengo á vuestro  
 » bordo á ponerme bajo la proteccion de las  
 » leyes inglesas. »

A las tres , llegó el almirante Hotham sobre el  
 navío de 74 el *Soberbio*. Visitó á Napoleon á  
 quien convidó á que viniese á visitar su navío  
 al dia siguiente , lo que hizo Napoleon y al-  
 morzó allí con toda su comitiva. Pero antes de

bajar del *Belerofonte*, se detuvo sobre el puente donde estaba formada la guarnicion y la hizo maniobrar. Los vientos contrarios y la calma que siguió fueron causa de que el Emperador permaneciese nueve dias sobre el *Belerofonte*, donde se le tributaron constantemente los mayores testimonios de respeto y admiracion. En fin, el 24 ancló en la rada de Torbay. Allí vino Gourgaud con la noticia fatal de no habersele permitido cumplir con su encargo. Se le habia quitado la carta del príncipe regente, lo que hacia pronosticar un desgraciado porvenir. Las aclamaciones públicas fueron la única compensacion que tuvo Napoleon en su infortunio. Luego que se supo que estaba á bordo del *Belerofonte*, el mar se cubrió de embarcaciones y los gritos de entusiasmo que salian de estos buques fueron tan unánimes, que el capitan temió que se le quitase á su huésped, y mandó apartar á las embarcaciones con los remos. Dos dias despues recibió la órden de aparejar para Plymouth, donde el gobierno debia hacerle conocer su resolucion sobre Napoleon.

En Plymouth hubo todavía mas gente que en Torbay. Los diarios habian anunciado á la

Inglaterra la llegada de Napoleon; la poblacion parecia haber venido entera á Torbay, para verle y honrar al grande hombre del siglo. Los caminos estaban cubiertos de coches; el mar desaparecia bajo las innumerables lanchas que procuraban acercarse al *Belerofonte*. A la hora en que Napoleon se dejaba ver sobre el puente, toda esa muchedumbre le saludaba y llenaba los aires de aclamaciones. Napoleon contemplaba con emocion este respeto y este interes universal del pueblo británico; veia que tambien en Inglaterra tenia la popularidad de la gloria, y que la desgracia le ponía en paz con aquel gran pais. La acogida triunfal que recibia en el primer puerto de la Gran-Bretaña, debia parecerle un presagio de una hospitalidad generosa. Pero el gobierno ingles no consultó á la nacion, y luego el *Belerofonte* fue rodeado de canoas armadas que rechazaron los expectadores á fusilazos. Algunos ingleses perecieron de resultas de la brutalidad con que se ejecutó la órden de aislar al *Belerofonte*. Semejante violencia, tan repentina contra los que venian á honrarle, dió á conocer á Napoleon el secreto de su cautiverio. Por otra parte no habia recibido en

llegando á la rada de Plymouth la visita del almirante Keith, como del almirante Hotham en la de Rochefort. Sin embargo, los Ingleses ignoraban las resoluciones de su ministerio; se les engañaba en Plymouth, como se habia engañado á Napoleon en Torbay. Siempre conservaban la esperanza que el sentenciado por la fortuna no tenia ya que recelar de los hombres; pero se equivocaban. El 3o de julio, el lord Keith vino á bordo del *Belerofonte* con el caballero Banbury sub-secretario de estado. Despues de haber sido admitidos á la presencia de Napoleon le entregaron un documento ministerial en que se leía: «.....No conviene á  
 » nuestros deberes para con nuestro país y á  
 » nuestros aliados, que el general Bonaparte  
 » conserve los medios de turbar de nuevo la  
 » paz del continente. La isla de Santa-Helena  
 » queda elegida para su residencia futura; el  
 » *clima es sano*, y la situacion local permitirá  
 » que se le trate allí con mas indulgencia que  
 » en otra parte, atendidas las precauciones in-  
 » dispensables que se habrian de tomar para  
 » asegurar su persona.»

Al oír esta resolucion, Napoleon opuso las mas enérgicas reclamaciones. En el primer

momento, parecia resuelto á morir antes de obedecer á un decreto tan cruel. « La sola  
 » idea de Santa-Helena me horroriza, decia.  
 » Verse relegado por toda la vida en una isla  
 » entre los Trópicos, á una distancia inmensa  
 » de todo continente, privado de toda comu-  
 » nicacion con el mundo y con todo cuanto  
 » tiene parte en mis afectos, es peor que  
 » la jaula de Tamerlan! Tanto hubiera valido  
 » firmar inmediatamente la sentencia de mi  
 » muerte.» Pero estas justas quejas no fueron oídas, la resolucion era irrevocable, y si Napoleon hubiese querido resistir habia orden para valerse de la fuerza. El ilustre cautivo no quiso comprometerse con semejantes enemigos; entonces, apelando á su alta razon, dirigió á lord Keith la carta siguiente que no tiene igual en la historia de las grandes víctimas de la inconstancia de la fortuna:

« Protesto formalmente á la faz del cielo y  
 » de los hombres, contra la violencia que se  
 » me hace, disponiendo por la fuerza de mi  
 » persona y de mi libertad. He venido libre-  
 » mente á bordo del *Belerofonte*. No soy el  
 » prisionero, sino el huésped de la Inglaterra,  
 » donde he venido instigado por el capitán

» que dijo que tenía órdenes del gobierno  
 » para recibirme y conducirme á Inglaterra  
 » con mi comitiva, si así me conviniese. Me he  
 » presentado de buena fe, para ponerme bajo  
 » la proteccion de las leyes inglesas. Luego  
 » que me ví en el *Belerofonte* me hallé en los  
 » hogares del pueblo británico. Si el gobierno,  
 » en dando órden al capitan del *Belerofonte*  
 » de recibirme con mi comitiva, ha querido en-  
 » gañarme, ha faltado al honor y marchitado  
 » su pabellon. Si se consuma semejante aten-  
 » tado, en vano los Ingleses hablarán de su  
 » lealtad, de sus leyes y de su libertad. La fe  
 » británica se hallará perdida en la hospitali-  
 » dad del *Belerofonte*. Apelo á la historia que  
 » dirá que un enemigo que durante veinte años  
 » hizo la guerra á los Ingleses, vino libremente  
 » en su infortunio á ponerse al amparo de sus  
 » leyes. ¿Qué prueba mas grande podia dar de su  
 » aprecio y confianza? Pero ¿cómo se ha contes-  
 » tado en Inglaterra á semejante magnanimi-  
 » dad? Se aparentó dar una mano hospitalaria  
 » á este enemigo, y luego que se entregó de  
 » buena fe, quedó inmolido!

» A bordo del *Belerofonte*, en el mar.

» NAPOLEON. »

De manera que Napoleon se vió separado, de repente, de la Europa, y sustraído á la benevolencia pública del pueblo ingles por una sentencia secreta. Entonces se formó entre los oficiales de Napoleon un proyecto que podria llamarse la conspiracion de la desesperacion. Habia en la gran sala del navío bastantes armas para armar cincuenta personas. Los valientes que habian sobrevivido á tantas batallas, y superado tantos obstáculos, hubieran podido apoderarse del navío, y en caso de no lograr su intento, pegar fuego á la pólvora, y sepultarse con el Emperador en un naufragio comun. En un principio, Napoleon pareció adoptar este plan atrevido, pero la razon luego le hizo renunciar al proyecto.

El 4 de agosto, el *Belerofonte*, que no tenia los aparejos necesarios para un viage largo, se dirigió hácia el Este para aguardar al *Northumberland*, destinado para trasladar Napoleon á Santa-Helena.

Un accidente muy singular habia determinado la salida repentina de Plymouth. El almirante Keith pretendió haber tenido aviso, por el telégrafo, que un oficial público habia